

# FERNÁNDEZ DE NAVARRETE Y LA HISTORIA DE LOS DESCUBRIMIENTOS

Carlos SECO SERRANO  
De la Real Academia de la Historia

Si yo hubiera de definir en dos trazos la fascinante personalidad de Fernández de Navarrete aludiría, en primer lugar, a su medida ideológica - la «medida» castellana es el mejor equivalente del «seny» catalán: es la virtud del equilibrio, de la ecuanimidad; el polo opuesto al arrebatado, a la «rauxa».- Por otra parte, subrayaría su esencial vertiente intelectual: Navarrete encarna, por encima de todo, la imagen del sabio. Su medida es una réplica a los trágicos desgarramientos con que se inicia nuestro siglo XIX; su dedicación a la ciencia le libera de una inmersión personal en la lucha entre hermanos.

Nacido en los primeros años del gobierno de Carlos III, él es el benjamín de aquella extraordinaria generación ilustrada que culmina en la última década del gran reinado, y que quedará ofuscada, como en reserva expectante, al iniciarse el de Carlos IV simultáneamente con el estallido de la gran Revolución en Francia. Como Jovellanos, Don Martín supera en su comportamiento y en su obra la antítesis reacción-revolución que iba a caracterizar el trágico despliegue de nuestra época contemporánea. Sin renunciar a sus ideales -la liberación del hombre por la cultura- Martín Fernández de Navarrete se desmarca, luego, del núcleo afrancesado -ciego ante la realidad oculta tras el presunto «redentorismo» que enmascara la ambición de Bonaparte-. Sumido en su labor intelectual rehuye, años después, implicarse en el retroceso reaccionario que siguió a la guerra de la Independencia. Y poco más tarde atravesaría el «trienio» en circunstancias semejantes -colaboración sin identificación-. Su liberalismo tenía ante todo un sentido moral que se avenía tan mal con los excesos revolucionarios como con el inmovilismo de la pura reacción. Su consideración universal -tanto en el plano de los hombres de ciencia como en el de los artífices de una España nueva, a partir de 1834- corona adecuadamente, al final de sus días, una trayectoria vital que sólo cabe calificar de modélica.

De ilustre familia riojana, que había dado ya nombres relevantes a la historia patria -conviene al menos recordar el de Don Pedro, Almirante General de la Armada del mar Océano-, Don Martín nace en la villa de Ábalos -solar de su linaje- en la noche del 8 al 9 de diciembre de 1765. La nobleza le llega tanto por línea paterna como

por la materna: si su padre, D. Francisco Antonio, era caballero de Calatrava, el hermano de su madre, Pedro Antonio Jiménez de Tejada, fue maestro de la Soberana Orden de Malta; y él mismo quedaría vinculado a ésta, cuando apenas tenía tres años, en calidad de paje de su ilustre tío. A los doce años figuraba ya como caballero de Justicia de la misma Orden, lo que parecía predestinarle, de haber seguido esta senda, al celibato.

Un año antes -en 1776- había ingresado D. Martín en el Real Seminario de Vergara, que, por cierto, había sido fundado -parece un símbolo- en 1765, fecha de su nacimiento. Es bien conocido lo que significó, como plataforma de cultura moderna y cosmopolita, este centro, verdadero exponente de los ideales ilustrados carlotercistas; y cuanto hizo, desde su fundación, para poner en contacto a sus alumnos con la ciencia pura, tal como se cultivaba en los enclaves universitarios más avanzados de Europa. Navarrete mantuvo siempre un afecto y gratitud bien justificados a sus maestros del Seminario; entre los que es preciso destacar a Lorenzo de Beniatúa Iriarte, sobrino del célebre fabulista: sería éste uno de los primeros enlaces de Don Martín con la élite ilustrada de la Corte. Por lo demás, él mismo daría lustre al Seminario como su alumno más brillante.

Precisamente el hecho de que en 1779 -a sus catorce años- obtuviera el Premio Extraordinario en las Juntas celebradas por la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País en el mes de julio, decidió a sus padres a destinarle a la áspera, pero selectísima, carrera de marino: su aprovechamiento en Ciencias Exactas y experimentales era el mejor bagaje para introducirle en uno de los círculos profesionales más exigentes y rigurosos en cuanto a la formación requerida a sus seguidores. Guardia marina en el departamento del Ferrol, en 1780, su jefe más inmediato -como teniente de la Real Compañía- se llama Francisco de Paula Jovellanos: es hermano del ilustre D. Gaspar. Concluido el primer Curso -que incluye la formación en pilotaje o navegación y la maniobra naval-, Don Martín se embarca en el navío *San Pablo*, que manda el capitán Luis Muñoz.

Oportunidad insospechada: sus primeras prácticas en el mar coinciden con la guerra contra los ingleses -segunda aplicación del Tercer Pacto de Familia-. La campaña naval, desarrollada en el Mediterráneo y en torno a Gibraltar es como la fachada europea de la guerra de Ultramar, la que propicia la emancipación de los futuros Estados Unidos. Pero no voy a detenerme en la primera experiencia bélica del joven riojano, ya que a esta importante faceta de su biografía se ha referido ya, en el presente ciclo de conferencias, y con su reconocida competencia, mi admirado amigo José Cervera Pery: sólo diré que la guerra naval, como sus campañas literarias y científicas, nos muestran a un Navarrete con el mismo espíritu de eficaz entusiasmo -en este caso, estimulado por limpio patriotismo- que es característica de D. Martín en todos sus caminos. Cuando la guerra prácticamente ha terminado, es promovido a alférez de fragata, a finales de 1782 -casi

un niño: frisa los diecisiete años de edad-. En enero de 1783 se firma la paz de Versalles.

Se abre entonces para él un paréntesis en la Corte, que le vinculará definitivamente a los círculos intelectuales con los que ya ha tomado contacto a través de su maestro Iriarte. Se vivía por entonces en Madrid una polémica literaria entre la tradición barroca y el neoclasicismo. D. Martín se suma desde luego a este segundo frente; y se hace notar por su travieso panfleto contra García de la Huerta, brillante epígono de los grandes dramaturgos del siglo XVII. Cuando el alférez de fragata es destinado al departamento de Cartagena, en enero de 1784, no se rompen sus vínculos con los ilustrados de esta espuma intelectual carlotercista: colabora en *El Censor* y en *El Memorial Literario*; y publica por entonces su Elogio póstumo del Conde de Peñaflores, verdadera proclama ilustrada, en la que «las luces» y la filosofía se contraponen al «fanatismo» y la superstición; y se exalta al «ciudadano útil» frente al guerrero destructor de Imperios. «En los triunfos del guerrero -afirma Don Martín, en un texto que transparenta lecturas de Voltaire- gime la Humanidad oprimida por los hombres; en los del ciudadano sólo debe gemir la envidia después que queda asegurada la felicidad del ciudadano. Por esto... la memoria de nuestro director (Peñaflores) nos debe ser más apreciable y clara que la de Alejandro y Carlos XII...».

Pero estas gratas expansiones literarias no entorpecen el camino de su dedicación profesional y de su formación técnica. El memorable curso de Estudios Sublimes que en Cartagena dirige Gabriel Ciscar, y que Navarrete sigue con otros trece oficiales, es el espaldarazo de su carrera: sólo ocho oficiales llegarán al final, en febrero de 1789. Fernández de Navarrete pronuncia entonces una brillante disertación sobre Astronomía física: pero el esfuerzo ha sido tal, que la salud del joven marino se resiente: y ha de intercalar un paréntesis de descanso en su hogar riojano.

En octubre de este mismo año 1789 -crucial en la historia del mundo- Don Martín recibe el encargo que marcará definitivamente su porvenir. Por R.O. del día 15 se le comisiona para recorrer los archivos de Sevilla, Simancas y El Escorial: debe allegar materiales documentales a fin de formar una biblioteca de la Ciencia Naval, bajo la dirección del capitán de fragata José Mendoza y Ríos. Del ilustrado juvenil e ingenioso, del marino abnegado y valiente iba a surgir la figura del sabio investigador: la figura que nos representa la imaginación siempre que pensamos en Martín Fernández de Navarrete. A esta época -primeros años del reinado de Carlos IV- corresponde la cimentación de su prestigio científico, que le valdrá el remoquete cariñoso de «Merlín de los papeles» y le abrirá las puertas de las Academias.

Pero hay un acontecimiento que desde Francia afecta ya a toda Europa: la Revolución ha llegado a su extremo; en enero de 1793 ha sido decapitado Luis XVI. España -esta vez del brazo de Inglaterra-

rompe la casi secular alianza con Francia, roto el Pacto de Familia de manera tan cruenta. El Terror alimentado por Marat y Robespierre provoca en D. Martín una honda reacción; difícilmente puede reconocer en el desorden revolucionario la consecuencia de unas ideas en las que su propio ser intelectual se ha formado. Pero esa reacción no supone rechazo a las convicciones liberales que son ya inseparables de su entidad moral. Pudo decir, como Jovellanos: «¿Porque ellos sean frenéticos seremos nosotros estúpidos?». Sin renunciar, pues, al espíritu de la Ilustración -que cree traicionado por el Terror-, su formación histórica, ahora respaldada por la erudición más exigente, despierta en él una saludable desconfianza respecto a los filósofos que abominaron de la «barbarie» pretérita tratando de cimentar en entelequias racionalistas la bienaventuranza terrena futura, y logrando sólo con sus doctrinas provocar un retroceso de la humanidad hacia el salvajismo más sanguinario. «¿Será comparable Hernán Cortés con Robespierre, Pizarro con Marat? ¿Quiénes serán en ese paralelo los monstruos sedientos de oro y sangre...?», escribirá años adelante, en el prólogo a su obra magna.

Pero no se trata sólo de una reacción intelectual: como marino, le llama ante todo el deber de servir en la guerra. Aunque reacio al principio a sus instancias, el ministro Valdés acaba cediendo a ellas: el 16 de junio, Navarrete embarca en la isla del León, en la fragata *Santa Sabina*, para pasar luego al navío *Concepción*, mandado por el brigadier Santisteban, y que forma parte de la gran escuadra del teniente general Lángara. Por las mismas razones que antes aduje, no voy a prestar atención a esta nueva experiencia bélica de Don Martín, en la que su papel es siempre eficaz y destacado, según refleja su rápida promoción escalafonal: el 15 de septiembre de 1794 es capitán de fragata; al terminar la guerra, capitán de navío.

En todo caso, la paz de Basilea, firmada en 1795, sólo supone un breve paréntesis de tregua, seguido muy de cerca por el tratado de San Ildefonso con la República francesa y por una nueva ruptura con Inglaterra; se reanuda la política de los Pactos de Familia, pero en forma equívoca -porque se trata ahora de una «alianza contra natura» entre la Monarquía más tradicional de Europa y la República regicida, aunque ésta haya entrado en la fase transaccionista del Directorio, ya cerrada la etapa del Terror-. Sólo en la primera fase de esta guerra participa Don Martín: un crucero por el Mediterráneo en persecución de la escuadra británica. Pero cuando, el 20 de diciembre de 1796, las naves españolas retornan a Cartagena, Fernández de Navarrete, sin sospecharlo, está poniendo fin a sus actividades profesionales como marino. Lángara ha sido nombrado ministro; y se lleva con él al joven capitán de navío, de cuyos valiosos servicios no quiere prescindir.

Los diez años que siguen van a ser, para nuestro héroe, de función estrictamente burocrática: primero, como secretario particular del ministro Lángara: oficial tercero segundo, y oficial tercero primero, en el Ministerio; con un trabajo servido a la perfección, y que él

alterna con la tarea investigadora, nuevamente emprendida en los archivos de Madrid y en el de El Escorial. Su asentamiento en la Corte será ya definitivo, en el hogar que acaba de fundar al contraer matrimonio con la dama murciana Manuela de Paz y Galtero, «infanzona, modesta y señora», tal como la define Válgoma; «señora apreciable por sus talentos e inestimables cualidades, que hicieron el encanto de la vida de su esposo y fueron reconocidas por cuantos la trataron», según el testimonio de su nieto Don Francisco.

Ni siquiera afecta a esta feliz estabilidad de Don Martín el cese de Lángara en el Ministerio; el nuevo ministro, Antonio Cornel, sólo acepta el cargo porque sabe que en él contará con auxiliares tan valiosos como Navarrete. El cual es, a principios de 1803, oficial mayor de la Secretaría de Marina. Cuatro años después, cuando Godoy es creado almirante y procede a organizar el Supremo Tribunal del Almirantazgo, Don Martín es designado contador fiscal del nuevo organismo. En esta sobresaliente posición le sorprenderán los acontecimientos de la primavera de 1808.

La tremenda conmoción iniciada en mayo es, como sabemos muy bien, la réplica nacional a la invasión francesa. «Los españoles, en masa, se comportaron como un hombre de honor», reconocería Napoleón, evocando aquellos días, ya en su confinamiento de Santa Elena. Pero esa coyuntura patriótica implicaba una crisis interna, que traía en su seno la semilla de la guerra civil, en el plano de las minorías selectas. Un sector social -el de los afrancesados políticos- creyó, de buena fe, en la ficción bonapartista: el legalismo de las abdicaciones de Bayona, como simple cambio de dinastía que iba a abrir el país a su definitiva regeneración, entroncando con la dorada época ilustrada que había sido colapsada tras los acontecimientos de 1793. Pero junto a estos «afrancesados políticos» se alzaban los «afrancesados ideológicos», los liberales, que, precisamente porque se identificaban con el credo de la Revolución, no podían aceptar la sumisión a Francia: la pérdida de la libertad nacional, tan sagrada para ellos como la libertad política. El despótico imperio bonapartista suscitaba en los liberales un rechazo a muerte.

Por su formación, por su vinculación intelectual, Navarrete podía haberse incluido en el primer sector -el de los afrancesados-, en el que formaban todos sus amigos, empezando por el almirante Mazarredo. Pero su actitud coincidió con la de Jovellanos, reacio a dejarse engañar. Su situación le retiene en Madrid; pero se niega a aceptar cargo alguno bajo la administración afrancesada. Cuando el nuevo ministro de Marina, Mazarredo, le requiere para que preste juramento a José Bonaparte, Don Martín contesta: «Repugna a mi conciencia y al derecho natural contribuir a la muerte de mis padres, hermanos, parientes y, en fin, al de toda mi nación, ligándome a una causa que ésta resiste con las armas en la mano. En tales circunstancias todo lo que se puede exigir de mí es que sea un ciudadano pacífico, y bajo estas consideraciones renunció a todos los empleos que pueden forzarme a ir

contra estos principios de honor, de patriotismo y de sana moral». Obsérvese que Don Martín no se suma a los unos ni a los otros; se reduce a ser un «ciudadano pacífico». Utilizando una terminología de nuestro tiempo, podríamos decir que Navarrete, sin ser un colaboracionista, dista mucho de ser un miembro de la resistencia. Sin duda, porque ve en la contienda lo que tiene de guerra civil: no quiere contribuir a la muerte de los suyos; ni en un campo ni en otro. Pese a las repetidas instancias de Mazarredo, se niega a aceptar las dignidades de consejero de Estado y de intendente de Marina. Únicamente se aviene a «echar una mano» y durante un solo curso, en los Reales Estudios de San Isidro.

Hay que convenir en que, por otra parte, le hubiera sido muy difícil escapar de Madrid después del 2 de Mayo; y que, liberada la capital después de Bailén, no tardó en caer bajo la segunda invasión francesa, llevada a cabo ahora sin disimulos legalistas: como acción de conquista. De hecho, hasta la segunda liberación, en 1812, no abandona Don Martín la capital. «Fue la primera proposición que tuve», subrayaría luego en su nota autobiográfica.

No se libró, en todo caso, de un expediente de depuración, largo y enojoso, al regreso de Fernando VII. Se resolvió favorablemente, pero el rey aceptó su renuncia al cargo de consejero del Almirantazgo. Don Martín optó por eludir posibles persecuciones de quienes, simplemente, le envidiaban y querían aprovechar la coyuntura para hundirle: caso prototípico de las guerras civiles. Y buscó el olvido en su amado retiro familiar de Ávalos. Pero era demasiado notoria su valía como para tolerar este voluntario eclipse. Su designación de secretario de la Real Academia de San Fernando - en mayo de 1815- le crearía un nuevo y grato vínculo con la Corte.

En adelante, sólo este tipo de afanes y distinciones -puramente intelectuales y académicas- le sacan a la luz en medio de las turbulencias políticas. Durante el trienio liberal se le reclama en las Cortes para el desempeño de la Comisión de Marina; pero no utiliza su posición más que en beneficio de la cultura. Don Martín, atendido a una ecuanimidad auténticamente liberal, rehuye encuadramientos políticos porque no logra identificarse con ningún extremismo, él que es todo comprensión y generosidad. No deja de sorprendernos que nadie como Fernando VII sepa valorar y definir su perfil ideológico. Cuando en 1823 sobreviene la liquidación del famoso trienio -la dura represión con que se inicia la llamada «década ominosa»-, uno de los proscritos que se ven obligados a emigrar es Felipe Bauzá, ilustre director del Depósito Hidrográfico. Vacante aquel puesto, el Ministro de Marina, Luís de Salazar, no vacila en proponer, para ocuparlo, el nombre de Don Martín. Fernando VII reacciona con viveza: «¡Navarrete es liberal!», exclama. Pero al momento rectifica: «Pero es liberal como deberíamos serlo todos...» Y firma el nombramiento.

En todo caso, a la muerte de Fernando VII, se abre por fin el camino hacia la libertad. Don Martín aparece entonces, en la última

fase de su vida, como un punto de referencia para los moderados. Ocupa el cargo de consejero de Estado en los primeros días de la Regencia. Cuando Martínez de la Rosa pone la primera piedra de la nueva era con su célebre Estatuto, Fernández de Navarrete figura como prócer del Reino en el estamento alto: es significativo que llegue a las Cortes de la mano de Martínez de la Rosa, temperamento tan equilibrado como el suyo, en la coyuntura política en que se quiso, bajo fórmulas moderadas y eclécticas -con poca fortuna, por supuesto- iniciar a los españoles en la senda de un templado liberalismo. Pero es que ya, por entonces, contar con D. Martín es lo mismo que prestigiar a las instituciones. Aprobada la Constitución de 1837, La Rioja le designa como senador en todas las legislaturas, hasta su muerte: obligado reconocimiento a sus esfuerzos en pro de la prosperidad de su provincia, desde la secretaría de la diputación en Corte de la Sociedad Riojana, que él desempeñó durante más de 20 años.

En la fase final de su vida le absorben, sobre todo -junto a la elaboración de su obra magna- las actividades académicas: secretario de la de San Fernando hasta 1834; censor, tesorero y por último director de la de la Historia; bibliotecario de la Española. En el local ocupado por esta última -en la calle de Valverde- tendría su residencia hasta su muerte. Si la memorable colección de Viajes se enmarca en las actividades de Don Martín para la de la Historia, en la Española a él se debería la elaboración de una nueva Ortografía -no una edición más, la octava, sino una Ortografía que pudiéramos llamar revolucionaria, por cuanto añade y renueva a todas las anteriores-. Y hay que añadir, sobre todo, su monumental biografía de Cervantes, que marcó un hito en los estudios sobre el Príncipe de los Ingenios.

Hasta su muerte -ya al filo de los ochenta años-. D. Martín conservaría el ritmo de su laboriosidad incansable. Cuando alguien le aconsejó que se cuidase más y desatendiese un poco sus trabajos múltiples, replicó: «El hombre ha nacido para el trabajo, y no pudiendo trabajar, debe morirse». Don Martín había llegado a convertir en razón y estímulo de su vida este cumplimiento, casi heroico, del deber: en verdad heroico, pues había de ocasionarle la muerte. «Acudiendo diariamente al Depósito Hidrográfico -cuenta su nieto D. Francisco-, sin arredrarle los rigores de las estaciones, contrajo un catarro crónico pulmonar que, agravándose de resultas de los primeros fríos de otoño, le condujo al sepulcro, después de una penosa agonía, el 8 de octubre de 1844, estando ya en los setenta y nueve años de su vida».

La extensa obra de Martín Fernández de Navarrete refleja ejemplarmente lo que supuso el movimiento ilustrado, como curiosidad fructífera y sensibilidad abierta a todos los sectores de la ciencia, del arte, de la literatura; una curiosidad y una sensibilidad sólo satisfechas mediante su inabarcable labor erudita: desde la biografía de Cervantes al estudio de las Cruzadas, desde la Biblioteca Marítima a la Colección de los viajes. Pero sin duda es esta última la que ha in-

mortalizado el nombre de Navarrete, porque fue al mismo tiempo una culminación y una apertura de caminos.

En la famosa Colección voy, pues, a concentrar mi atención, ya que difícilmente podría hallarse trabajo tan vinculado a la vida de un escritor como lo está la obra a que me refiero con la de D. Martín. Iniciada en 1789, dará su fruto granado treinta y cinco años después, a lo largo de tres fases que responden a su vez a tres sucesivos propósitos.

La primera -de 1789 a 1795- sigue la consigna dictada por el ministro Valdés: acarrear toda clase de materiales de archivo con vistas a la creación del Museo y Biblioteca Naval de San Carlos. La segunda llega, con paréntesis, hasta 1808. Vargas Ponce había presentado al Ministerio un complicadísimo plan para escribir la historia de la Marina Española; el general José Valera, al informarlo por orden del Rey, cree oportuno su desglose, limitando la labor de Vargas a la parte militar y política, y encomendando a otros especialistas la historia de la ciencia náutica, la de la arquitectura naval, etc. Y a Navarrete, desde luego, la «coordinación y publicación» de nuestros antiguos viajes de descubrimiento.

El trabajo dedicado a este propósito no supone para D. Martín renunciar al primero -el allegamiento de documentación, que le había permitido ya reunir un copiosísimo y rico material-. El traumático paréntesis abierto en 1808, si bien supone el naufragio del plan de Vargas Ponce y de Valera, no impide a Navarrete, liberado por sus renunciaciones a cargos y dignidades, continuar su trabajo de archivo, centrado ahora en el área madrileña -sobre todo en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, donde se guardaban ya los fondos de la llamada Colección Muñoz-. Aunque el paréntesis a que he aludido no se cierra con el fin de la guerra, sino que se prolonga a lo largo de la primera mitad del reinado de Fernando VII, vuelve a reanudarse, en su tercera y definitiva fase, a partir de 1823, cuando D. Martín es designado director del Depósito Hidrográfico. «Habiéndose dignado el Rey nuestro Señor -nos refiere el propio D. Martín- confiarnos la dirección interina del llamado Depósito Hidrográfico, creímos que uno de los medios de corresponder a su soberana confianza, y de acreditarle nuestra gratitud, era el de aplicarnos a una tarea en que veíamos enlazados los derechos del trono y la gloria nacionales sobre bases y documentos irrefutables». En cierto modo se trata, pues, de un homenaje a Fernando VII; pero, sobre todo, el esfuerzo de D. Martín apunta una réplica, «desde la Historia», al desmoronamiento de las Hispanias de Ultramar: y en este sentido no deja de ser significativo que los dos primeros tomos de esta magna obra aparezcan en 1825 -la fecha marcada simbólicamente por la batalla de Ayacucho-. Volveré sobre ello.

La aparición de la «Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV», cuya publicación se prolongaría en varios tramos -1829, aparición del ter-



cer volumen; 1837, la del cuarto y quinto-, a lo largo de doce años áureos para la ciencia española, marca una profunda y fundamental divisoria en la Historia de la historiografía hispanoamericana. Hasta ella, la única base de cuanto se escribía sobre los viajes de descubrimiento, a partir de Colón, lo constituyeron las crónicas. Robertson, por ejemplo, utilizó todas las fuentes conocidas en su tiempo, y su «History of the Discovery and Settlement of América» (1777) tuvo, en este sentido, el carácter de un compendio exhaustivo: culminó un ciclo. Pero Navarrete hizo envejecer, de golpe, esta obra, con el cúmulo de documentos desconocidos que los cinco volúmenes de su Colección contenían. Es cierto que ya en 1779 se había proyectado una gran Historia del Nuevo Mundo que debía realizarse con material de archivos. Pero el colosal esfuerzo de Juan Bautista Muñoz, encargado de llevarla a la práctica, no pasó del primer tomo de su «Vida del Almirante», que paradójicamente adolece del defecto de carecer de toda clase de documentos y notas justificativas, precisamente porque su autor reservaba éstas para un segundo volumen, que quedaría sólo a medio concluir, y sin publicar. El acervo documental atesorado por Muñoz en la Real Academia de la Historia fue, por cierto, una de las bases del trabajo de Navarrete, pero no la única: ya hemos visto cómo trabajó desde 1789 en el allegamiento de fuentes documentales; trabajo culminante con el hallazgo, en el archivo del Infantado, de los Diarios del primer y del tercer viajes de Colón, conservados en manuscritos del Padre Las Casas; hallazgo que, por sí sólo, se hubiera bastado a hacer célebre el nombre de Navarrete, y que antes que nadie pudo utilizar el propio Muñoz: porque el intercambio en los avances y descubrimientos de uno y otro sabio es un caso ejemplar de solidaridad intelectual.

Se comprende la expectación que en todo el mundo científico europeo suscitó la obra de Navarrete. Merece la pena citar a este respecto, una vez más, el elogio de Humboldt: «Esta obra de Martín Fernández de Navarrete, emprendida en vastas proporciones y redactada en todas sus partes con sana crítica, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos». No le fueron en zaga los extremos encomiásticos del Vizconde de Santarem, que miraba a D. Martín como su mentor y maestro. Todavía en 1892, el gran año del centenario -cuarto centenario- colombino, afirmaba Finke que «este monumento de gigantesca erudición» seguirá siendo siempre «indispensable al historiador». En nuestros días, cuando el ciclo de las grandes series documentales sobre el Descubrimiento -cuyo segundo jalón fue, precisamente en 1892, la «Raccolta colombiana» publicada en Italia- ha dado cima a la monumental «Colección documental del Descubrimiento», de nuevo se ha rendido homenaje al precedente navarretiano en el excelente prólogo de Ramón Ezquerria y en la gran Introducción de Pérez de Tudela.

Pero es necesario subrayar que la obra de Navarrete, aparte su valor específico y objetivo, supuso, en los días en que vio la luz, según antes advertíamos, un conmovedor esfuerzo reivindicativo cuan-

do hacía crisis el Imperio español en América. D. Martín no podía detener el curso de la Historia; pero sí oponer un mentís rotundo a cuantos pretendían amparar y justificar la revolución de allende el Océano con un falseamiento de la acción española en el Nuevo Continente. Este fondo polémico añade a la obra de D. Martín una virtud de la que carecía la gran «Historia del Almirante» iniciada por Juan Bautista Muñoz, en quien se ha echado de menos, dentro de su perfección clásica, la total carencia de emoción: le falta, como escribe Ballesteros, «el sagrado fuego pasional». Mas en Navarrete, ese «sagrado fuego» no significa, en modo alguno, un fallo en el maravilloso equilibrio de su pensamiento: lo que él opone a las exageraciones e invectivas de los polemistas de un extremo, no es la contrapartida en el extremo opuesto: es, limpia y sencillamente, la verdad depositada en las huellas venerables del pasado. Estaba muy reciente -puesto que se publicó en 1818- la obra del italiano Bossi: un libro rebosante de odio contra España, y tan poco conocedor de nuestra Historia, y aún de nuestra geografía, que confunde nada menos que el reino de Granada con el de Navarra, y da por capital de España, en tiempos de los Reyes Católicos, a Madrid. «Tales desafueros -escribe Menéndez Pelayo- no eran posibles ya después de la «Colección de los viajes y descubrimientos», a la cual comenzaron a acudir, como a fuente purísima, cuantos querían saber a ciencia cierta lo que por tanto tiempo habían embrollado la fantasía y la calumnia».

Al cabo de siglo y medio, la obra a que acabo de referirme -la «Colección documental del Descubrimiento»- ha venido a significar lo mismo: tras los fastos del V Centenario, que pasaron como de puntillas por lo propiamente histórico, abrumados bajo la ola de desprestigio lanzada por la disparatada imputación de genocidio en que se quiso resumir la ingente labor de España en América, la Real Academia de la Historia contrapuso un esfuerzo de investigación objetiva con el Congreso de Historia del Descubrimiento celebrado en Madrid y Sevilla a finales de 1991. Y ahora, tres años más tarde, la publicación de la «Colección Documental del Descubrimiento» viene a ser, a un mismo tiempo, última consecuencia de la tarea científica y reivindicativa de Martín Fernández de Navarrete, y homenaje inesperado al gran sabio, al publicarse en el 150 aniversario de su muerte, que ahora conmemoramos.